Vicente Martínez Pujalte, "Globalización y solidaridad", El Mundo, 25.VI.01

La supresión de barreras comerciales impulsará el crecimiento económico, pero el proceso ha de ser solidario, según el autor. De lo contrario, puede agudizar los desequilibrios entre países ricos y pobres.

La globalización ha ocupado, en los últimos años, las primeras páginas de los medios de comunicación, sobre todo con ocasión de las manifestaciones y protestas que han acompañado a las conferencias interministeriales de la Organización Mundial del Comercio (OMS), como las de Ginebra (1998) o Seattle (1999). Estos movimientos han de constituir, sin duda, una llamada de alerta a la que no podemos permanecer indiferentes. Porque nos encontramos ante un proceso de la máxima trascendencia, que va a suponer una profunda transformación de la sociedad internacional, y que reclama por tanto una detenida reflexión sobre sus ventajas y sus desafíos.

Promover esa reflexión ha sido, precisamente, el objeto de la reunión internacional celebrada los pasados días 8 y 9 de junio en Ginebra, convocada por la Unión Interparlamentaria. Representantes de las cámaras legislativas de cerca de 100 países tuvimos la ocasión de analizar el proceso de mundialización económica, y el papel que compete a la OMS como organismo regulador de los intercambios internacionales.

Se ha contemplado la globalización, en este encuentro, con una mirada positiva y optimista; porque no cabe negar que una mayor apertura económica internacional se traducirá en un fuerte impulso del crecimiento económico. De acuerdo con un informe elaborado por la Universidad de Michigan, la reducción en una tercera parte de las barreras al comercio internacional generaría un crecimiento estimado en 613.000 millones de dólares.

Ahora bien, es también evidente que ese crecimiento no beneficia a todos por igual. Aunque todos crecen como consecuencia de una mayor libertad del comercio internacional, la integración económica y la supresión de las barreras comerciales son proporcionalmente más ventajosas para las economías más prósperas y competitivas, que pueden obtener un mayor provecho de las oportunidades que supone la ampliación de los mercados.

Si no se introducen los necesarios mecanismos correctores, la globalización puede generar, por tanto, una agudización de los desequilibrios económicos internacionales. Es ésta la consecuencia que hemos de evitar con todas nuestras fuerzas. Pues el abismo hoy existente entre los países ricos y pobres constituye una clamorosa injusticia, que comporta además un grave riesgo de inestabilidad política, y que supone marginar a una parte de los países del mundo de la posibilidad de contribuir al progreso económico.

El Presidente de la Comisión Europea, Romano Prodi, señalaba recientemente que la desigualdad social es dañina para el crecimiento, porque excluye a demasiados protagonistas potenciales de la vida económica. Esta afirmación puede ser trasladada al ámbito de las relaciones entre países. Promover el crecimiento de los países menos prósperos es beneficioso para todos, porque moviliza más recursos para el progreso global.

Hemos de acompañar, pues, las medidas de liberalización económica internacional de un

renovado esfuerzo en favor de la cohesión y la competitividad de las economías menos favorecidas. La trayectoria de la Unión Europea nos ofrece, en este sentido, una valiosa experiencia. La construcción del mercado interior entre los países europeos se ha completado con una política activa dirigida a la corrección de las disparidades regionales, y ha sido la conjunción de ambas estrategias la que ha permitido avanzar en la convergencia real, logrando, por ejemplo, que el Producto Interior Bruto (PIB) por habitante de los tres países menos prósperos de la Unión -España, Grecia y Portugal- haya pasado del 68% al 79% de la media comunitaria entre 1988 y 1998.

Hemos de conseguir que una evolución parecida se produzca a escala mundial. Sin duda, ha habido ya avances importantes en las últimas décadas. Desde 1960, las tasas de mortalidad infantil de los países subdesarrollados se han reducido a la mitad. Las tasas de malnutrición han disminuido en un 33%. La proporción de niños que no asisten a la escuela ha pasado de alrededor de la mitad a una cuarta parte. Pero queda todavía mucho por hacer, pues cerca de 3.000 millones de seres humanos viven todavía con menos de dos dólares diarios.

Hemos de promover, pues, un crecimiento internacional solidario y sostenible. Para ello, no basta con el esfuerzo para la reducción de la deuda externa o con un impulso más decidido de la cooperación al desarrollo. Aun siendo muy importantes estas actuaciones, lo más decisivo es que seamos capaces de crear una estructura de comercio internacional que permita crecer a los países desarrollados.

Por supuesto, a los propios países desarrollados les incumbe también una parte importante de la responsabilidad. Han de emprender políticas económicas acertadas, llevar a cabo una gestión eficiente de sus propios recursos y destinar prioritariamente sus inversiones a la educación y a la atención sanitaria. Y han de promover la liberalización de sus economías.

Serán los países que cumplan mejor sus propios deberes los que estarán en condiciones de aprovechar en mayor medida las oportunidades que ofrece un entorno internacional más abierto.

La globalización no es, pues, ni buena ni mala en sí misma. Ni los que hacen de la mundialización un falso dios, ni los que la estigmatizan viendo en ella un enemigo peligroso se encuentran en el camino correcto. La globalización es un instrumento que, adecuadamente utilizado, permitirá alcanzar mayores niveles de crecimiento y bienestar en todos los países del mundo.

Nuestro objetivo ha de ser, por tanto, conseguir una globalización solidaria. Para ello es imprescindible, sin embargo, que conservemos el timón. Que seamos capaces de dirigir el proceso de globalización, y no acabemos dirigidos por él.